

y á la vez que ponía á la vista de los fatigados españoles el deplorable estado de su ejército, los hacia ver las enormes masas de sus enemigos, combatiendo con tal furor que parecía la tierra movida por un fuerte sacudimiento, á la vez que las aguas del lago conducian miles de canoas, trayendo nuevos guerreros para dar término á tan espantosa escena.

Consolaba al general, ver que ya poco faltaba para sacar los desordenados restos de su ejército de la incomodidad de la calzada, y que proporcionalmente iba disminuyendo lo rudo del combate; mas tuvo noticia del gran peligro en que se hallaba la retaguardia, y acompañado de sus oficiales y soldados, volvió al teatro de la acción, abriéndose camino por entre la multitud y pasando á nado el foso que acababan de salvar. Llegaron á donde era mas comprometida la refriega, y hallaron á Alvarado pié á tierra, pues el caballo que lo habia conducido á tantos triunfos habia caido á sus piés por las armas de los mexicanos de que estaba rodeado y con quienes sostenia una reñida y desesperada lucha. Al principio la artillería abrió grandes brechas en las confusas masas en que se presentaba el enemigo; pero fué tal el número y la impetuosidad de los aztecas, que fué imposible contenerlos: pues los de atras empujaban á las primeras filas, y los españoles ya estrechados contra el canal, habian abandonado los cañones y hasta sus mosquetes y espadas, para desembarasarse de todo objeto y buscar la salvación en la fuga. A la llegada de Cortés y sus compañeros, Alvarado y sus desordenadas tropas cobraron nuevo brío, y por un momento hicieron retroceder algo á los mexicanos; pero éstos dando otra carga, oprimieron con su muchedumbre al corto número de caballeros castellanos, quienes para escapar, tuvieron que arrojar al lago. En este aprieto, Alvarado no podia hacer lo mismo, porque sin su caballo, era impo-

sible seguir la suerte de sus camaradas, ni podia resistir mas tiempo: la misma dificultad de la situación, lo hizo adoptar un partido extremo y que casi sobrepujaba á lo natural; y apoyando su lanza en los mismos escombros de que se habia llenado el canal, armó un brinco, con el que salvó el foso y su vida; dejando asombrados á los indios, que llenos de admiración exclamaron. ¡Este es verdaderamente el Tonatiuh, el hijo del sol!

Pasando aquel último foso, disminuyó el encarnizamiento de los mexicanos, que se ocuparon de recoger el despojo de que estaba regada toda la calzada: el general y sus compañeros puestos á la cabeza de los restos de sus tropas, pudieron seguir su camino ya sin graves molestias y pronto estuvieron en los suburbios de Popotla. Allí se bajó el general de su caballo y sentado en una piedra, vió pasar á su frente su destrozado ejército ya sin artillería, que era la arma terrible, que esparciendo la desolación y la muerte en las filas enemigas, les daba tanta superioridad: casi acabada la caballería, que tanto temor habia causado á los naturales; y ya su infantería tan reducida y maltratada, que no dejó de consternar vivamente á su gefe, quien se cubrió el rostro con las manos y derramó amargo llanto á presencia de las calamidades de aquella infausta noche, que la historia ha designado con el epíteto *de noche triste*. (8)

CAPITULO XXI.

*Marcha de los españoles: batalla de Otompan:
su retirada á Tlaxcalla.*

Grande fué el estrago que en el ejército español produjo el terrible combate de la noche triste; sin embargo,

[8] Bernal Diaz cap. 126. Torquemada lib. 4.º cap. 72. Clavijero lib. 9.º pag. 103 á 112.

sobre el número de muertos varían extraordinariamente los autores y fijan su número desde 150 hasta 1170: pero la opinión más probable es la que señala 450 españoles muertos y 4,000 del ejército auxiliar. Entre los muertos, fueron particularmente sentidos, Francisco de Morla, que cayó al lado de Cortés y el famoso Velazquez de Leon. Se habían salvado los valientes Sandoval, Alvarado, Ordaz, Olid y Avila, la india D^a Marina tan útil al ejército, el otro intérprete Aguilar y el carpintero Martín López, por quien sintió el general un verdadero placer al verlo, pues aun no acababa de salir de aquel conflicto y ya su alma de fiero meditaba la venganza. También murieron en aquella confusión el rey Cacamatzin, los hijos de Moctezuma y los demás nobles, que el ejército había sacado prisioneros de México.

Cortés montó á caballo después de aquella lastimosa revista á sus dehechas columnas, las ordenó lo mejor que pudo, y siguió su camino con dirección á un cerro llamado Otoncalpolco, en cuya cima se elevaba un teocalli. Allí le pareció al general lugar oportuno para dar á su tropa algún descanso y tomando posesión del espacioso y almenado patio que circundaba al templo, se entregaron á curarse mutuamente sus heridas, á componer sus destrozadas armas y rotos vestidos: en una aldea inmediata pudieron hallar algunos víveres; y después de provistas estas necesidades, todos procuraron reponer en el sueño las fuerzas que habían perdido en la fatiga de la noche y dar á sus abatidos espíritus alguna tregua en su dolor. Solo el general no tuvo aquel consuelo que raras veces niega la naturaleza aun á los más desgraciados. Él consideraba la felicidad con que había soñado ocho días antes y que presurosa huía de su presencia: las tristes consecuencias que lo esperaban en Cuba con la enemistad del gobernador y de todos sus con-

trarios; y el desprecio con que ante todo el mundo sería señalado como un aventurero torpe y ambicioso, consideración que más amargaba aquella alma, que tantas veces se había embriagado con la vanidad de llamarse el conquistador del más poderoso imperio de Occidente. Una alma vulgar habría sucumbido al peso de estas amargas reflexiones: pero el indomable espíritu de aquel caudillo, antes se alentaba con sus desgracias y su ardiente imaginación salvando todos los inconvenientes, se ocupaba en combinar nuevos planes para reponer sus desastres y poner término á la empresa que se había trazado.

En ese día los habían molestado algunas partidas de las ciudades de Azcapozalco y Tlacopan; pero el encarnizado azteca después de su victoria, se ocupó en recoger el rico botín dejado por los españoles y en hacer el servicio fúnebre á los valientes guerreros que habían perdido la vida en la batalla. Sin embargo, esto no podría durar mucho tiempo y Cortés debió contar con verse pronto hostilizado por sus formidables y temibles huestes: de manera, que dando descanso á sus soldados hasta media noche, y dejando encendidas muchas luminarias, salió de aquel lugar que fué el primero donde halló tregua á su quebranto, por lo cual después fué dedicado á un santuario de la Madre de Dios, bajo su advocación de los Remedios ó del Socorro.

Los soldados que estaban más capaces se destinaron á servir la vanguardia y cubrir la retaguardia y flancos de aquellas débiles columnas: otros caminaban en la grupa de los caballos; y los más enfermos, caminaban en andas improvisadas en los hombros de los tlamames aliados. Empezaron la marcha por una senda tortuosa, pasando por Quauhtitlan y las orillas de la laguna de Tzompanco: durante la obscuridad de la madrugada, su marcha aunque molesta no fué interrumpida

por los enemigos; mas al ser alumbrados por la luz del nuevo dia, se dejaron ver algunas partidas de guerreros indios, que desplomaban sobre ellos algunas piedras con poco ó ningun fruto. Algunas veces se atrevian á bajar: y despues de una pequeña escaramuza, dejaban libre el paso de la tropa, que ponía todo su empeño en avanzar y seguir su penosa marcha.

Así caminaron seis dias, tomando abrigo en la noche en algun teocalli colocado en la altura de algun monte, ó en algun pueblo que á su llegada abandonaban los habitantes, no dejando en él, ni los necesarios alimentos, los cuales suplían los españoles con yerbas, algunos granos de maiz y los caballos que menos dispuestos estaban para continuar las fatigas.

La mañana del sétimo dia, que era el 8 de Julio de 1520: se acercaba el ejército á las cumbres de las montañas que encierran el valle de Otompan, hoy Otumba; y los exploradores avisaron que á la vuelta se hallaba un numeroso ejército, cuyas estensas filas apenas se alcanzaban con la vista. Este fatal anuncio pronto fué una verdad para todos, que al encumbrar la sierra, vieron el fondo del valle como cubierto de nieve, por la blancura de las cotas de algodón que llevaban los guerreros indios del belicoso pueblo mexicano y de todos los pueblos incendiados. Sobre aquel blanco campo, ondulaban los cascos y fantásticos penachos, los estandartes de cada cuerpo, y relucian con los rayos del sol, las picas y las pesadas espadas de obsidiana. Todos los castellanos aun el mismo Cortés, creyeron ser aquel el último dia de su vida, pues tenían como una cosa segura que al descender el valle, su pequeña columna envuelta por aquel oceano embravecido, cuyas olas se movían confundidamente. Sin embargo; el general no era hombre que jamas dejara traslucir el menor abatimiento de su alma: conoció, que no habia términos de eleccion, sino vencer ó

morir; y alentando cuanto pudo el decaimiento de sus soldados, los ordenó en batalla, estendiendo su frente cuanto le fué posible, cubrió sus flancos con su pequeño número de caballos y bajó á chocar con aquel formidable enemigo, mandado por el general Cihuacatzin. Encargó á los suyos procuraran herir á la cara, buscando siempre ocasion de que cayeran los gefes: un espantoso grito de guerra acompañado de los discordantes instrumentos militares de los aztecas, hacían temblar las montañas y en medio de una nube de piedras y flechas que oscurecían el sol, se chocaron las primeras filas de aquellos dos tan desiguales ejércitos.

Al primer encuentro, la caballería española hizo retroceder á sus contrarios; pero pronto los fugitivos empujados por las columnas posteriores embestían con mayor brío, y aunque la infantería se abría paso, poco podía avanzar oprimida por tanta multitud que la envolvía por todas partes, como las olas del mar baten á una pequeña isleta. Cinco veces habia cargado la caballería, quedando despues del mejor éxito, sumergidos en el mismo peligro que presentaban aquellos interminables batallones: habian muerto muchos españoles y aliados; y casi no habria uno que no estuviera herido, pues el mismo general tenia una peligrosa herida en la cabeza. «¡O cuánto era furiosa y espantosa de verse aquella batalla! ¡Cómo combatían cuerpo á cuerpo y con qué furia se lanzaban los perros! ¡Que heridas y matanza hacían en nosotros con sus lanzas y espadas!» (1) Ya empezaban á flaquear los estenuados soldados de Cortés por el cansancio y hambre de los dias anteriores, por la fatiga de aquella sangrienta refriega, que habia durado hasta que el sol estaba en la mitad de su carrera, agobiando á los combatientes con sus ardientes rayos, mientras que el

1 Bernal Dias cap. 128.

enemigo en fuerza de su excesivo número que fué calculado en doscientos mil hombres (2) á cada paso renovaba sus esfuerzos y combatía con mayor brío.

En tan crítico momento, la penetrante vista de Cortés, que ansiosa recorría todo el campo, buscando un modo de salvar su pequeño ejército, descubrió un gefe conducido en andas, elevándose sobre ellas, una asta en que flameaba un pabellon formado por una red de oro: esto, el cortejo militar de que se hallaba rodeado y el deslumbrante brillo de sus vestidos y del hermoso penacho de su cabeza, le hicieron conocer seria el gefe de aquel ejército, como en efecto era el general Cihuacatzin. Por un momento se entreabrió aquel borrascoso horizonte, y una ráfaga de dulce esperanza vino á refrigerar la fatigada frente de Cortés: se habia impuesto lo suficiente en las costumbres nacionales, para saber la costumbre, de que muerto el general y quitado el estandarte del ejército, el resto huía despavorido; y con la rapidez que exigía el caso y que era característica del gefe español, dijo á sus cuatro capitanes principales que lo siguieran y se lanzó con una impetuosa irrisistible entre aquel mar de enemigos: con su lanza y la fuerza de su caballo se abrió paso esparciendo la muerte y el terror entre sus enemigos, hasta llegar con el gefe azteca á quien derribó de una lanzada, bajando luego el soldado Juan de Salamanca, quien le acabó de quitar la vida y arrancó el estandarte que llevaba atado á sus espaldas. Aquella funesta noticia se esparció en un momento en todo el campo y llenos todos de consternacion huyeron en confuso desorden á lo que mas contribuía el inmenso número. Este violento cambio de situacion, hizo olvidar á los españoles y sus aliados, las fatigas y agudos dolores de sus heridas, siguiendo á los fugitivos con

2 Número incierto, como son todos los que fijan el de los ejércitos.

la velocidad que les daba su deseo de venganza, esparciendo la muerte por todas direcciones. (2) Tal fué la batalla de Otompan la mas famosa ciertamente de las que tuvieron los españoles atendidas sus circunstancias.

Después de recoger el botin, cuya riqueza puede calcularse por la multitud de indígenas que ocurrieron al campo, siguieron los aliados su marcha para la tierra del pan: Tlaxcala; y al otro dia entraron á los dominios de la república, temerosos de que no se les recibiera con el aprecio con que habian sido antes vistos, pues los desastres sufridos en México, los tenian recelosos de que todos los pueblos deshicieran la alianza mediante la cual habian podido llegar hasta el palacio de Axayacatl. Para prevenir este mal, que habria sido la ruina de la expedicion, el caudillo castellano encargó mucha discrecion á los suyos para no causar motivo alguno de queja con los tlaxcaltecas. Estos serios temores que anublaban la mente del general pronto se desvanecieron, pues adelante de la ciudad de Huejotlipan, salió á recibirlos el anciano Maxixcatzin, acompañado de Xicotencatl el joven y gran parte del pueblo, con las mismas demostraciones de sencilla hospitalidad. El gefe tlaxcalteca sentia el pesar de que su hija D^a Elvira habia muerto en el funesto ataque de la noche triste, así como tambien deploraba la pérdida de los guerreros de su nacion que perecieron en aquella infausta jornada, lo cual hacia que manifestara un sentimiento profundo por las desgracias de los españoles. Ambos pueblos habian hecho causa comun para vengar los agravios que suponian haber recibido de los aztecas y por esto aseguró Maxixca á su aliado, que estuviera cierto de su amistad en todas circunstancias. (3)

2 Bernal Dias, lug. cit. Clavijero tom. 2.^o pag. 110 á 112.

3 Seg. rel. de Cortes pag. 150.

Cortés correspondió á estas pruebas de confianza y para mas obligar al tlaxcalteca, le regaló el estandarte quitado al general Cihuaca en la batalla de Otumba, y á los demas señores de su nacion les repartió lo principal del botin. Así emprendieron el camino para hacer su entrada en la capital, en una confusa mezcla de gritos de júbilo por aquel pueblo hospitalario, con los acantos de dolor de aquellas familias, que tenian que llorar la pérdida de algun hijo, del esposo ó del padre. El general y sus tropas fueron alojados convenientemente y atendidos por aquellos sencillos naturales, para ser curados de sus heridas y repuestos de cuantos males les aquejaban.

En esta vez seguramente fué cuando Cortés dió mayores pruebas de su indomable espíritu, sobreponiéndose con admirable fortaleza, á los mayores riesgos que á su expedicion se presentaron, y que sin duda la hubieran hecho fracasar, si hubiera estado dirigida por alguna alma vulgar; pero ningun obstáculo era grande ante su incontrastable resolucion, que ayudada eficazmente por las circunstancias interiores del pais, pudo llevar á buen término para él, su arriesgada quanto temeraria empresa.

La herida que en la última accion habia recibido en la cabeza, cada dia se fué agravando por sus trabajos mentales, hasta que se declaró una peligrosa fiebre, con la que sintió sobre sí la helada mano de la muerte: él la habia despreciado en tantos peligrosos combates; pero los cuidados de sus compañeros y de sus amigos de Tlaxcala, ayudaron á su vigorosa naturaleza para escapar de aquel riesgo. Apenas empezaba á convalecer, cuando tuvo que devorar otro mayor disgusto, pues los soldados que se agregó con la victoria sobre Narvaez, disgustados con tantos infortunios, solo pensaban volver á Cuba y para eso dirigieron una solicitud al general, en la cual iban algunas firmas como la de Duero, que cau-

saron mayores inquietudes en el ánimo del caudillo; pero éste se habia resuelto á no retroceder ante ningun escollo y contestó con todos los argumentos de que pudo echar mano para exaltar el honor y el abatido esfuerzo de sus atemorizados soldados: sin embargo, concluia manifestando su resolucion de permanecer en aquella tierra amiga y hospitalaria, hasta recibir nuevos refuerzos para emprender de nuevo la campaña antes de dar un paso, que indicara á sus enemigos alguna debilidad por su parte; pero que si habia algunos que no tuvieran el suficiente valor para arrostrar los peligros que aun habia que vencer para recoger el fruto de sus afanes, se volviera en buena hora, porque mejor queria quedar con pocos leales y esforzados, que en medio de un ejército pusilánime. (4) Ante este golpe de magnanimidad y la decision de sus antiguos camaradas, para no abandonar un solo punto á su gefe, cedieron los decontentos y quedó conjurada aquella nueva tormenta.

Se hallaba el ejército español con todas estas dificultades, como un buque combatido por recios y contrarios vientos, próximo á zozobrar; pero el experto piloto no dejaba de esforzar á su tripulacion, para unir todos los esfuerzos á contrariar el poder formidable de la tempestad. Algunos españoles venidos de Veracruz, habian sido asaltados y muertos en el camino, porque apenas se supo la terrible escena de la capital, cuando todos los soldados aztecas, repartidos en otros pueblos, se lanzaban sobre los castellanos que se atrevian á caminar fiados en el respeto de que los rodearon sus primeras operaciones: los mismos tlaxcaltecas sus aliados no dejaban de manifestar algun desagrado con aquellos hombres que parecian abandonados ya de su buena estrella; y para colmar la medida de sus desgracias, vino un acontecimiento nacido del nuevo giro que los negocios tomaron en México.

4 Seg. rel. de Cortes pag. 152.

Segun la costumbre establecida en México para la sucesion de la corona, fué electo rey Cuiclahua, hermano del infortunado Mocteuhezuma y general del ejército. Este bravo azteca habia contrariado la conducta de su noble hermano, desde que los españoles aparecieron en las costas de sus estados: á él se debió en gran parte el haberlos arrojado de su capital; y tuvo el bárbaro placer de que su coronacion se solemnizará con el sacrificio de muchos de sus enemigos. Luego que estos se salieron de la capital, se habia dedicado con empeño, en reparar los daños que habian sufrido los edificios de la ciudad; pero su principal atencion fué desde el primer momento poner la corte en estado de defensa, disciplinar sus ejércitos, proveerse de armas, utilizando para esto las espadas castellanas que en su poder quedaron en el ataque de la noche triste: exitó á todos los pueblos para que se alistaran á la comun defensa y quiso hacer una reconciliacion con aquellas naciones á quienes siempre habian oprimido. Laudables pero estériles fueron estos esfuerzos: los pueblos cansados ya del pesado yugo de los mexicanos, solo buscaban el momento oportuno para librarse de su opresion; y asi, unos abiertamente se rehusaron al llamamiento de Cuiclahua, á la vez que otros se mantuvieron en una sospechosa reserva, esperando, que la marcha de los acontecimientos, les indicara el camino que debian seguir: de este modo se expresó el egoismo de los pueblos, creado por el despotismo de los gefes del grande imperio, y á la hora de la prueba, su division preparó el triunfo al comun enemigo, para que á todos los atara con una misma cadena.

Se mandó á Tlaxcala una embajada compuesta de seis nobles portadores de un rico presente de aquellos objetos que su escases hacia mas apreciabiles en la república, á la cual se invitaba á olvidar sus pasadas discusiones y hacer causa comun para expulsar del país á los

extrangeros: alegaban que estos eran contrarios á los dioses nacionales y que no tenian mas dios que el oro; y hacian valer mucho la buena acogida que habian tenido en los muros de su ciudad por el difunto rey, y á estas pruebas de buena hospitalidad, habian correspondido con llenar su corte de luto y esparcir la desolacion.

Los tlaxcaltecas llenos de admiracion por esta conducta de sus inveterados enemigos, reunieron su consejo para deliberar sobre la propuesta, que causó diversas sensaciones en los miembros del senado. El jóven Xicotencatl, cuyo orgulloso espíritu habia recibido fuertes humillaciones en el campo de batalla, por los extrangeros, no despreciaba esta ocasion favorable para vengar este agravio: y estaba lo mismo que otros señores, por olvidar su enemistad con los aztecas, para entrar en la alianza que se les proponia; pero los ancianos siguiendo el parecer de Maxixcatzin y el viejo Xicotencatl, se expresaron con dureza contra los mexicanos, diciendo era solo un ardid para desbaratar su amistad con los españoles. Se hicieron valer los oráculos y antiguas tradiciones que anunciaban la venida de aquellos hombres y la libertad que la república tendria desde su venida, por lo cual debian mantener su alianza para destruir enteramente con su ayuda, aquel peso con que siempre los habian oprimido los aztecas. Acalorándose la discusion, Xicotencatl el jóven fué hechado por fuerza del senado; y esta circunstancia puso en tal alarma al pueblo, que el jóven general fué abandonado al aislamiento; y los embajadores mexicanos temiendo ser víctimas de una conmosion popular, tuvieron que salir en secreto sin aguardar la contestacion del senado, que ya se habia indicado bastante, ser desechada la propuesta liga. (5) Esta resolucion tan favorable para los españoles, dió

5. Bernal Dias, cap. 129. Clavijero tom. 2.º pag. 117.